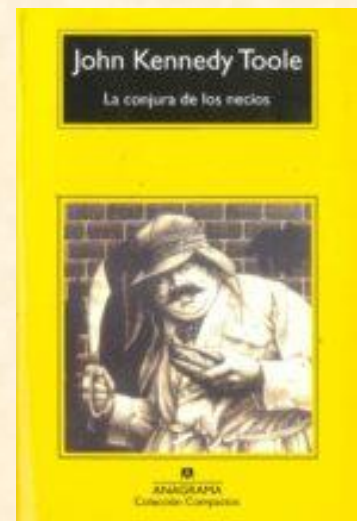


Crítica Literaria

Ricardo Guadalupe

La conjura de los necios, de John Kennedy Toole

Libro conocido por su calidad y por cómo llegó a publicarse, gracias a una madre-coraje que buscó editor con su hijo, el autor, ya fallecido. Concretamente, se había suicidado en 1969 a los 31 años, después de recibir el rechazo de varias editoriales. Tuvo que ser por la insistencia de su madre que acabara publicándose en 1980, cuando ella contaba con 79 años. Quién habría dicho al pobre John Kennedy Toole o a las editoriales que lo rechazaron que *La conjura de los necios* terminaría vendiendo millones de ejemplares y se convertiría en un clásico contemporáneo, Premio Pulitzer de ficción en 1981.



Puede simplemente que no la ofreciera en el momento adecuado, eran los años de la guerra fría y en Estados Unidos todavía se tachaba de comunista al que criticara el estilo de vida americano. El propio John Kennedy Toole era expulsado de su trabajo como profesor por sus atrevidas diatribas durante las clases. Y el editor que trataba de reconducir su novela hasta finalmente rechazársela no era un cualquiera sino Robert Gottlieb, todo un referente. Entre unas cosas y otras, John comenzó a aumentar de peso, a sufrir paranoias e incluso a hablar y comportarse como Ignatius J. Reilly, el personaje protagonista de *La conjura de los necios*.

Es cierto que el libro tiene un tinte de crítica político-social, pero muy por encima de ello destaca la comedia, el estilo satírico, la historia disparatada e hilarante que aglutina un carnaval de personajes. Hay quien podría pensar que se trata de un chiste de los largos. Eso sí, extraordinariamente escrito. Y sobre todo es extraordinario por su personaje principal, encumbrado por méritos propios al Olimpo de los caracteres literarios de siempre.

“Sólo me relaciono con mis iguales, y como no tengo iguales, no me relaciono con nadie”. Así se define el protagonista, Ignatius J. Reilly, y tiene razón, es inigualable. Está magistralmente caracterizado. Y tiene voz propia, vaya que sí. Es cualquier cosa menos un personaje plano. Y es muchas cosas a la vez, rico en matices. Yo me he permitido ir apuntando todos los calificativos que me surgían según lo iba conociendo. Son unos cuantos. Voy a transcribirlos todos para dar una idea de la dimensión estratosférica de Ignatius J. Reilly: Aprensivo, escrupuloso, altivo, enmadrado, glotón, vago, excéntrico, desmedido, caprichoso, maniático, redicho, charlatán, egoísta, aprovechado, infantil, irresponsable, faltón, impertinente, cultureta, remilgado, exquisito, temeroso, agorero, comodón, escaqueado, obeso, enfermizo, conservador, dictatorial, inconsciente, fanfarrón, plumazo, protestón, ofensivo, teatrero, cochino, débil, cutre (recuerda por momentos al Torrente de Santiago Segura en versión intelectual), desconsiderado, acusica, hipocondríaco, victimista, con ínfulas y una visión tan sobrevalorada de sí mismo como negativa del resto, irrespetuoso, criticón, fantasea con animales, despreciable, cuentista... Además de estrafalario, grandilocuente, delirante, inadaptado e insufrible. Ahí queda eso.

Obviamente hablamos de un antihéroe, del que Walker Percy, su descubridor, dice en el prólogo que está “en rebelión violenta contra la era moderna”. Por eso no es de extrañar que se le haya comparado con el más ilustre personaje de las letras castellanas: don Quijote. Sí, aunque no tenga nada de caballero este don Quijote adiposo, hay evidentes paralelismos: los delirios derivados de su personalísima visión del mundo, la arrogancia con la que se desmarca de la vulgaridad que le acecha y la incompreensión que

le rodea, el patetismo de sus “hazañas”, la defensa de valores ya obsoletos, el ideal utópico, la comicidad de su camino hacia la nada... Para colmo, va pertrechado en su particular cruzada con una gorra de cazador con orejeras, que equivaldría a la bacía de barbero, y con un alfanje de juguete, que sería la lanza. Existe una estatua que le rinde homenaje en Nueva Orleans, la ciudad donde se desarrolla la historia.

Así mismo, también hay similitudes entre Ignatius J. Reilly y su autor. De hecho, no es difícil definirlo como una caricatura de John Kennedy Toole. Igual que Ignatius, John era un joven licenciado que vivía sobreprotegido por su madre en el Nueva Orleans de los años 60. También trabajó brevemente en una fábrica de ropa masculina. Y deambuló por el Barrio Francés, no empujando un carro de perritos calientes, pero sí vendiendo en alguna ocasión tamales en un puesto callejero.

Otra coincidencia es que Ignatius escribe sin parar con la esperanza de crear una obra maestra que cambie la realidad. Y la última coincidencia, ésta profética, es cuando Ignatius dice, refiriéndose a sus notas y apuntes, “no podemos permitir que caigan en manos de mi madre. Podría ganar una fortuna con ello. Sería demasiado irónico”. Así ocurrió en la vida real, la señora Thelma Toole, madre de John, se convirtió en multimillonaria.

Mención aparte merecen los personajes secundarios, a cual más estrambótico. Aparecen y reaparecen en escena de manera rocambolesca. Son dignos escuderos de Ignatius J. Reilly.

Y por último, una alusión a la Fortuna y su rueda. No importa que ahora no se entienda bien. Quedará impregnada en vosotros tras la lectura. Y cuando la empleéis sin daros cuenta, quién sabe, quizás signifique que os está invadiendo por unos segundos el espíritu de Ignatius.

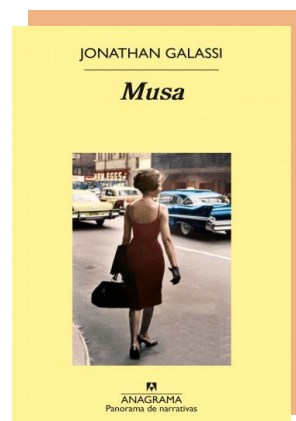
Crítica literaria

Ángel Silvelo Gabriel

JONATHAN GALASSI, MUSA.

Las Cicatrices del Mundo Editorial vistas desde la Nostálgica Mirada de un Editor Profesional

Ya nada volverá a ser como antes. La juventud ya no se tornará ante nosotros como ese último rayo de sol que se despide tras el perfil de la montaña cada tarde ni los héroes de nuestra adolescencia podrán lograr que recuperemos el brillo que desprendían nuestros ojos a cada nuevo reto, aunque éste fuera tan sencillo como darle la mano a la chica que nos gustaba. Hay mucho de esa necesidad de recuperar las sensaciones del pasado en **Musa**, una elegía —como confiesa su autor— de un mundo que ya nunca más regresará. Esta novela es un largo poema lírico a la muerte de una industria editorial que ya no existe, como tampoco existe esa necesidad de leer y abordar un libro con la inocente idea de que por sí solo te va a cambiar la forma de ver el mundo o de vivir el resto de tu vida. Novela en clave (*roman à clef*) o de juegos mentales (*jeux d'esprit*) son sólo dos definiciones que los críticos y el propio autor han manejado para definir este debut literario del veterano editor **Jonathan Galassi**. Un debut literario que, si bien comienza con una rotunda frase: «Ésta es una historia de amor. Es sobre los buenos viejos tiempos, cuando los hombres eran hombres y las mujeres eran mujeres y los libros eran libros,...», en sus capítulos iniciales se pierde en una profusa descripción —muy al estilo de la gran novela americana— del ambiente y los personajes que después formarán parte de esta historia; una historia en la que las cicatrices del mundo editorial están vistas desde la nostálgica mirada de un editor profesional. Esa minuciosidad descriptiva, sin duda, hace perder ritmo y frescura a la narración, sobre todo, si no eres capaz de visualizar la cantidad de nombres que salen a escena. No obstante, lo mejor de la novela comienza en el capítulo dedicado a la Feria del Libro de Frankfurt donde, con una sagacidad capaz de cortar de un único y certero corte el alma más pétrea, el autor nos derrumba cualquier imagen estereotipada que tengamos acerca del mundo editorial. **Galassi**, gran conocedor de ese ambiente, nos retrata con excelsas dotes de genialidad ese ambiente viciado de



grandes cenas, no menos importantes borracheras y tan millonarios como insulsos contratos publicitarios, de los que dos meses después sus protagonistas ni se acordarán. En este capítulo, sin duda, a todos aquellos que se dedican a escribir le supuraran las heridas, tanto aquellas que le salen cuando se encierra en sí mismo para dar vida y forma a un libro como cuando sean conscientes de esa falta de interés por el hecho literario en sí mismo que, en principio, no debería ser más que el valor de la obra literaria por sí sola. Esta ausencia de un mínimo de ética por parte de los grandes editores está muy bien reflejada y de paso la igualan a la de otros grandes sectores de la industria cultural o financiera.

Sin embargo, **Musa** arranca con verdadera devoción hacia el hecho literario a partir del capítulo dedicado a esa falsa diva de la literatura llamada *Ida Perkins*. Una poetisa de fama mundial que el autor define como «una Meryl Streep cándida, con un toque de vampiresa y una llameante cabellera roja». La visita que el protagonista de la novela, *Paul Dukach* —un claro áter ego de Galassi aunque éste lo niegue—, al palazzo veneciano donde vive su musa, nos retrotrae a lo que en verdad es importante dentro del mundo de la creación, porque, ¿qué es crear sino la estela de una huida..., una huida a ninguna parte, que **Galassi** en boca de *Ida Perkins* describe así: «¿Cuándo, me pregunto, se dedican los escritores simplemente a vivir sus vidas aburridas? ¿No sabe que vivir no consiste en escribir, señor Dukach? Siempre había otras muchas cosas. Los hijos de Arnold. Las compras. La colada... ¡y los médicos! Escribir es algo que uno hace, que los dos *hacíamos*, debería decir, para escapar, para huir.» Una sensación *anti-star-system* que se remarca mucho más adelante, cuando el propio Paul se dice a sí mismo: «Había aprendido pronto en su trabajo que los auténticos escritores no habían estudiado en Yale u Oxford; procedían de todas partes —o de cualquier parte—, y la clave de su éxito era su determinación de excavar, de triunfar, por mucho obstáculos que se les pusieran por delante.» En este sentido, **Jonathan Galassi** lo tiene claro y en una entrevista proclama: «el escritor es el héroe del editor, siempre». Una afirmación que cada vez está más alejada de la realidad, porque no se nos debe olvidar que **Musa** de **Jonathan Galassi** son las cicatrices de un mundo editorial que ya no existe y, que además, están vistas desde la nostálgica mirada de un editor profesional.

Crítica Literaria

POR UNA SEMIOSIS POÉTICA

Miguel Veyrat, *El hacha de plata*

Por © Anna Rossell



La poesía de Miguel Veyrat (*Valencia, 1938) escapa a cualquier definición; la rehúye. Es precisamente esta esencial intención lo que mueve a su autor a su insurrecta escritura. No por capricho estético o lúdico-experimental, sino por una radical voluntad de indagar, de arrancar sentido (nuevo) al sistema de signos de que nos valemos para comunicarnos. Veyrat –de espíritu ilustrado y semiólogo- manifiesta su insaciable sed de conocimiento explorando el lenguaje más allá de sus límites. Inconformista e iconoclasta, hace de la heterodoxia su herramienta más útil para rastrear nuevas posibilidades significativas y construir una compleja y rica semiosis, que la voz poética reivindica para conferir al ser humano la genuina cualidad de ser: *Creyó entonces que creía en la li/bertad de violar el sistema/de la propia lengua. Y envolverse/con ella en la red amarilla/de la locura. Deber innato de todo/intérprete de todo escriba/en su quietismo estético de una/muerte en vida donde creía/ser ala y –en efecto, no era nadie. (Tocados del ala).*

Veyrat no se limita a lo lingüístico; su semiótico proceso de escritura, reclama una libertad que lo trasciende, incorporando a su lenguaje una tupida red culturalmente connotativa, que, en progresión geométrica, lo hace exponencialmente fértil. La potencia expresiva y comunicativa de su poesía es por ello inconmensurable; adentrarse en su lectura, un reto y un placer intelectual. Poseedor de una vastísima cultura y paladín acérrimo de una escritura auténtica, el autor teje un denso universo semiótico que exige al

lector exquisita atención y estar a la altura. No resulta fácil. Consciente de ello, Veyrat acompaña su poemario de un aparato de *Notas Prescindibles & Alcabala de Deudas* que, cada lector se verá impelido a completar, en función de su propio acervo de conocimientos.

Forma y fondo están en la poesía de Veyrat estrechamente fundidos al servicio del nuevo lenguaje: el poeta gusta de todo tipo de encabalgamiento, del uso heterodoxo de los signos de puntuación –o de su ausencia-, algún acento donde la ortodoxia no lo permite (o su falta donde lo exige), y entreteje en sus versos, ora parafraseando, ora aludiendo a ellos de modo subyacente, a un innumerable elenco de referentes: Esquilo, Séneca, Verlaine, Rimbaud, T. S. Eliot, Valdés Leal, Shakespeare, Heidegger, Merleau-Ponty y W. Stevens, Heráclito, A. Machado, Pessoa, Cernuda, Petrarca, Gonzalo de Berceo, V. O. Mateus, Léon Deubel, exponentes de la mitología griega o John Cage y el conjunto rapero estadounidense *Rage against the machine...* -son una pequeña muestra de una relación interminable-. Con todos ellos Veyrat urde una red que no se agota en lo intertextual sino que incorpora lo intercultural en el sentido más amplio:

[...] *¿Pero quién será/ese intervalo que hay entre yo y mi?/Paso horas en desclasificar lo infinitamente/ya clasificado, clasificables descono/cidos entre los intersticios del conocimiento. (El intervalo).*

[...] *Allá/donde la cuerda permanece/cortada tras el límite de la conciencia/
Allá donde vidieron palombiellas essir de so/la mar más blancas que las nieves/
contral cielo volar Allá donde/la sombra de la sintaxis morfológica/nunca las pudiera
alcanzar Allá en donde son/[...]. (Se embebe la sombra mía).*

*Y dijo el mirlo antes de escuchar el disparo/que el silencio no era sino el caos/
en reposo. Y la música/con la poesía y otros dioses solamente sus/metáforas. Que la
muerte nunca es/la verdadera iniciación/[...]. (Cage against the machine version (Fake
blood's Needle drop mix)).*

Los nombres mencionados (y faltan tantos otros...) nos dan una ligera idea de los temas que aborda la voz poética, incansable filósofo: la percepción del tiempo y su huella, la muerte, la identidad, el caos, la belleza y la dimensión significativa del silencio. Y, contrariamente a lo que lo dicho pudiera dar a entender, la poesía de Veyrat no apela únicamente al intelecto, sino a lo irracional, y da poemas de extraordinaria belleza:

*Ánima como el viento rojo/de los druidas,/daimon como el viento/de la libre palabra/
—el fuego prometeico/que ya rompe,/de la médula mana/como del fuego interior/que
avanza/desesperada hasta el sol/y tiende el arco/de la vida por su centro,/como viento/
rojo a sus raíces —la poesía. (Rectificando Invenies).*

Un poeta indispensable.